



# La Santa Sede

---

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**

*Castelgandolfo*

*Domingo 15 de agosto de 1982*

1. «Tu trono subsistirá por siempre jamás, / cetro de equidad es el cetro de tu reino... / Toda radiante de gloria entra la hija del rey; / su vestido está tejido de oro» (cfr. *Sal* 44, [451, 7. 14]).

La liturgia de la Iglesia recurre hoy a las palabras del Salmo para presentar incluso, con imágenes humanas un gran misterio de la fe.

Es *el misterio de la Asunción* de la Santísima Madre de Dios, la Virgen María.

Sin embargo, aún más que las analogías que se sacan del Salmo 44, son elocuentes *sus mismas palabras*. María se presenta en el umbral de la casa de Isabel, su pariente, y —cuando ésta la saluda como «la madre del Señor»— pronuncia las palabras del *Magnificat*: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi *salvador* ... Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo» (*Lc* 1, 46-47. 49).

2. Cuando María pronunció estas palabras, se había realizado ya en Ella, mediante «la anunciación del Ángel», *el misterio de la Encarnación*. El Hijo de Dios, el Verbo Eterno, se había hecho hombre en su seno por obra del Espíritu Santo.

Al dirigirse «a la montaña» para *visitar* a Isabel, María era ya *la Madre del Hijo de Dios*: llevaba en sí el más grande misterio de la historia del hombre.

De lo profundo de este misterio nacen las palabras del himno del *Magnificat*. *De lo profundo de este misterio* María alaba al Omnipotente porque «ha hecho cosas grandes» por Ella (*Lc* 1, 49).

Y no sólo por Ella. Por toda la humanidad: por todos los hombres y por cada uno de los hombres Dios ha hecho «grandes cosas» *haciéndose hombre*. Pero Ella, la Virgen de Nazaret, ha sido objeto de una elevación especial, de una dignidad particular. Pues ha llegado a ser la Madre del Dios-Hombre.

Hoy, *en el día de la Asunción*, la liturgia de la Iglesia pone en los labios de María sus mismas palabras: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí».

Entre la Visitación y la Asunción hay *continuidad*. Aquélla que ha sido elegida eternamente para ser Madre del Verbo Encarnado; Aquélla en la que *Dios mismo ha habitado* en la persona del Hijo, comienza a *morar* de modo particular *en Dios*: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

He aquí el misterio que meditamos con veneración hoy: el misterio de la Asunción.

3. Aquélla en la que Dios mismo tomó morada en la Persona del Hijo, fue *concebida inmaculada*: está libre de la herencia del pecado original.

De este modo fue también preservada *de la ley de la muerte*, que entró en la historia del hombre junto con el pecado.

Escribe San Pablo (y estas palabras las leemos en la liturgia de hoy): «Si por un hombre *vinó* la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la *vida*, pero cada uno en su puesto» (1 Cor 15, 21-23).

Libre —por obra de Cristo— del pecado original, *redimida de modo* particular y excepcional, María fue incluida en su resurrección también de modo particular y excepcional. *La resurrección de Cristo venció en Ella la ley del pecado y de la muerte* ya mediante la Inmaculada Concepción. Ya entonces se realizó en ella la *victoria* sobre el pecado y sobre la ley de la muerte, pena del pecado; y hoy *se revela en toda la plenitud*.

Era necesario que Ella, que era Madre del Resucitado, participase *la primera entre los hombres* en el pleno poder de su resurrección.

Era necesario que Ella, en la que habitó el Hijo de Dios como autor de la *victoria* sobre el pecado y sobre la muerte, también *la primera* habitase en Dios, libre del pecado y de la corrupción del sepulcro:

— del pecado, mediante la Inmaculada Concepción;

— de la corrupción del sepulcro, mediante la Asunción.

Creemos que «la Virgen Inmaculada, terminado el curso de su *vida* terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste» (Pío XII, Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, 1 noviembre de 1950).

4. Contemplamos hoy de modo particular a la Madre de Dios. Fijamos la mirada en su definitiva morada en Dios. En su gloria.

*Ella es aquel «signo» grandioso* que, según las palabras de San Juan en el Apocalipsis, apareció en el cielo (cfr. *Ap 12, 1*).

Este signo está al mismo tiempo *unido* estrechamente *con la tierra*. Es, ante todo, *el signo de la lucha* «con el dragón» (cfr. *Ap 12, 4*), y en esta lucha releemos toda la historia de la Iglesia en la tierra: la lucha contra satanás, la lucha contra las *fuerzas de las tinieblas*, que no cesan de lanzar sus ataques al Reino de Dios.

Este es, al mismo tiempo, *el signo de la victoria definitiva*; en el misterio de su Asunción, María es el signo de esa *victoria definitiva*, de la que habla el autor del Apocalipsis: «*Ya llega la victoria*, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías» (*Ap 12, 10*).

5. La solemnidad de hoy es una gran fiesta de la fe. Se debe *aguzar la mirada de la fe*, para que el misterio de la Asunción pueda actuar libremente en nuestra mente y en nuestro corazón:

a fin de que se haga *también para nosotros* el signo de la victoria definitiva, la cual está precedida del trabajo y de la lucha respecto a las fuerzas de las tinieblas.

Se debe aguzar la mirada de la fe para *vislumbrar a través* de las fatigas y los sufrimientos de esta vida temporal *la dimensión definitiva de la eternidad*:

a semejanza de la Madre de Cristo debemos también nosotros *habitar «en Dios»*, mediante la unión eterna con El.

¡Cuánto debemos esforzarnos mientras vivimos aquí en la tierra a fin de que *Dios habite «en nosotros»!* En María, en la cual tomó morada mediante el misterio de la Encarnación como Hijo en el seno de la Madre, El moró antes que nada *mediante la gracia*.

Y también en nosotros quiere habitar mediante la *gracia*: «Dios te salve, María, llena eres de gracia ... ».

Que la solemnidad de hoy reavive en nosotros el ardiente *deseo de vivir en gracia*, de perseverar en la gracia de Dios.

«*Creo* en la resurrección de la carne y en la vida eterna ... ». Si, a semejanza de María, debemos habitar eternamente en Dios, *es necesario* que aquí en la tierra Dios encuentre su habitación en nuestra alma.

Amén.